

número 25- federación de servicios a las ciudadanía de CCOO

perspectiva

CCOO

servicios a la ciudadanía

Clase, cultura, política, sindicato



Dirección:

Xavier Navarro

Consejo de redacción:

Xavier Navarro, Pepe Gálvez, Mertxe Paredes, Joan Coscubiela, Juana Olmeda, Pilar de Vera López, Gemma Galdón Clavell, Lucho Palazzo, Pepe Fernandez y Patricia Castro

Consejo Asesor:

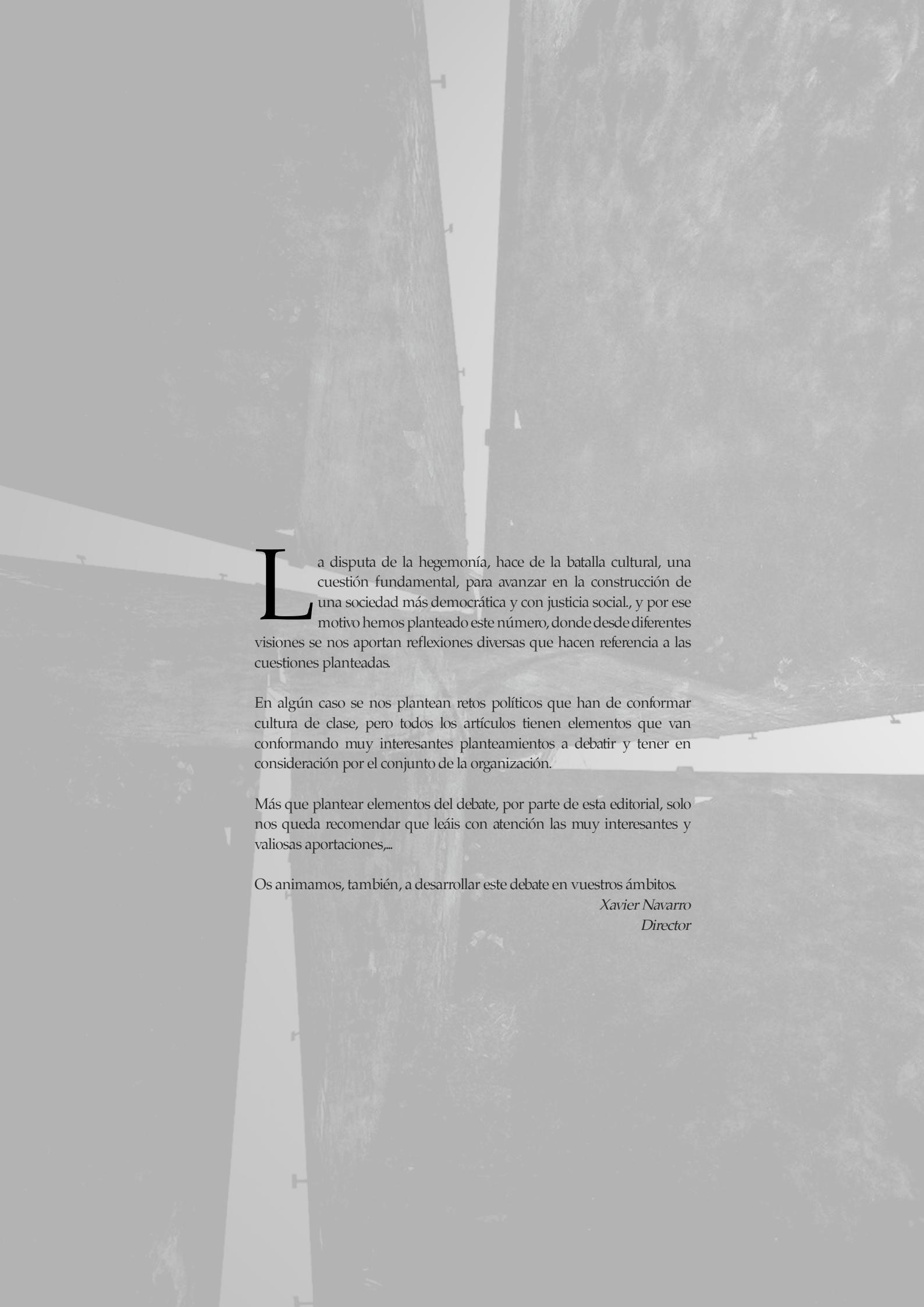
Manel Garcia Biel, Javier Doz, Ignacio Muro, Juan Laborda, Bruno Estrada, Joan Herrera, Lluís Camprubí, Maite Ojer, Aritz Cirbian, Jaume Bosch, Isàvena Opisso, Javier Tébar, Rosa Sans, Ricard Bellera, Beatriz Ballestín, Lidia Brun, Carlos Tuya, Gemma Lianas, Juan Manuel Tapia, Francisco Rodríguez de Lecea, Alfons Labrador, Amparo Merino Segovia y Belen Cardona Rubert

Edición y maquetación:

Comunicación FSC-CCOO

Depósito legal: M-29458-2015





La disputa de la hegemonía, hace de la batalla cultural, una cuestión fundamental, para avanzar en la construcción de una sociedad más democrática y con justicia social, y por ese motivo hemos planteado este número, donde desde diferentes visiones se nos aportan reflexiones diversas que hacen referencia a las cuestiones planteadas.

En algún caso se nos plantean retos políticos que han de conformar cultura de clase, pero todos los artículos tienen elementos que van conformando muy interesantes planteamientos a debatir y tener en consideración por el conjunto de la organización.

Más que plantear elementos del debate, por parte de esta editorial, solo nos queda recomendar que leáis con atención las muy interesantes y valiosas aportaciones,...

Os animamos, también, a desarrollar este debate en vuestros ámbitos.

Xavier Navarro
Director



La clase trabajadora: rehacer el proyecto político

Marina Subirats. Socióloga



Uno de los hechos políticos más preocupantes de estos últimos tiempos es el crecimiento del voto a los partidos de extrema derecha, crecimiento basado, en una parte importante, en el apoyo electoral que proviene de la clase trabajadora. No únicamente, está claro; el análisis de las cifras, en la que no entraré aquí, nos muestra que son los dos extremos de la pirámide social quienes votan con más intensidad este tipo de opciones políticas: los más ricos, y los más pobres. ¿Cómo es posible esta coincidencia? ¿No hemos pensado, durante años, que la clase trabajadora era progresista, incluso revolucionaria, y que votaba masivamente a los partidos de izquierdas que la representaban?

La ofensiva ideológica neoliberal ha sido tan potente que ha conseguido incluso borrar los conceptos clave que teníamos para analizar la sociedad, de forma que casi nadie hace análisis de clase con cara y ojos. Aun así, es un análisis totalmente necesario. Hay que distinguir, cuando hablamos de clases sociales, entre su existencia como grupos diferenciados y la formulación de un proyecto político propio. En este momento las clases sociales no solo existen, sino que sus posiciones en relación en los recursos que obtienen, a las oportunidades de acceso al poder y de conseguir sus reivindicaciones, se han

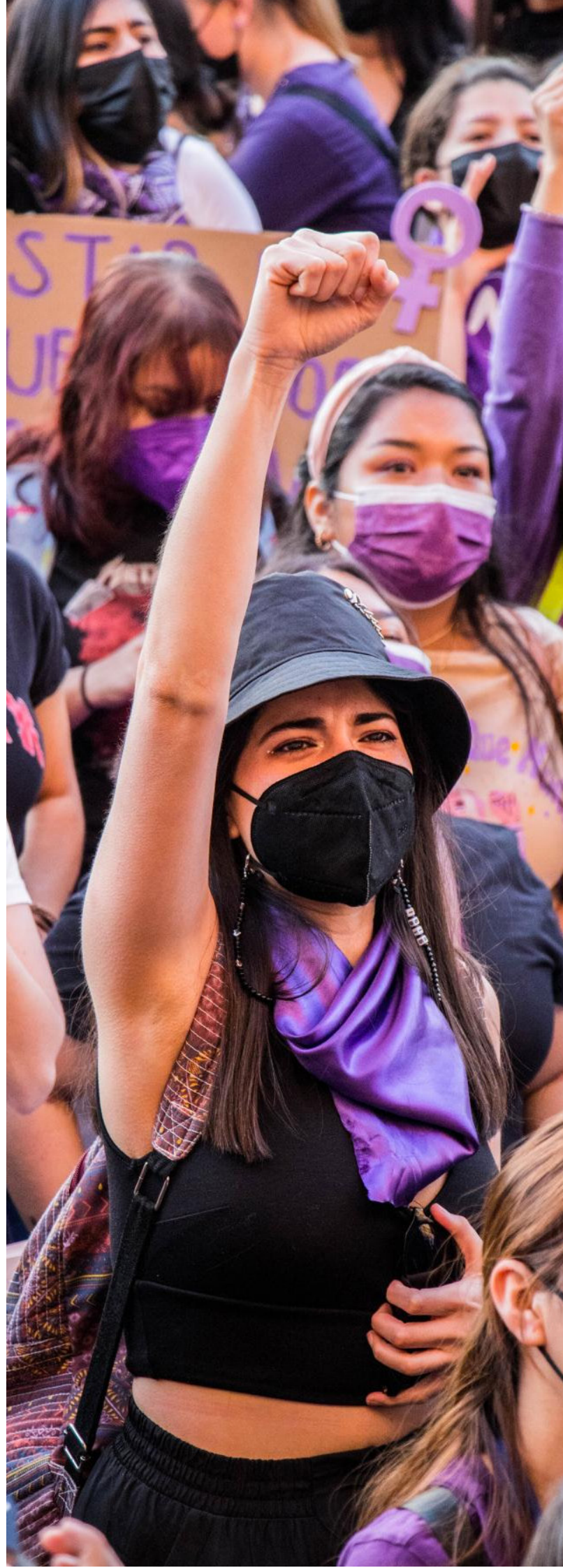
ido distanciando, de forma que las desigualdades son más profundas de lo que eran a finales del siglo XX. Es decir, la clase trabajadora, en su conjunto diría que mundial, se encuentra en una situación peor, con sectores que están al umbral de la pobreza; a la vez, pero, por una serie de razones, no tiene ni un ideario ni un proyecto político propio. Cuando, angustiada por su situación, busca una salida política, no la encuentra en el que es su bando natural, y en muchos casos cae en la trampa de la extrema derecha, pensando que podrá cambiar esta situación adversa.

Tres son las grandes razones que nos han conducido hasta aquí: la primera y obvia, el desastre del socialismo real, que enterró por muchos años la posibilidad de un proyecto revolucionario por la izquierda; la segunda, la participación de los partidos socialdemócratas en los gobiernos, necesaria y bienvenida, pero que, arrastrados por la oleada neoliberal, han sido cómplices del crecimiento de las desigualdades, decepcionando a gran parte de la ciudadanía. Y la tercera, la propia debilidad de la clase trabajadora, debida a causas diversas: la pérdida de instituciones y formas culturales propias, anorreadas por los gobiernos y medios de comunicación neoliberales; la convicción, durante la etapa de disminución

de las desigualdades, que muchas de las personas que forman parte habían accedido a ser clase media; y también, y no menos importante, el desequilibrio que se ha producido durante mucho tiempo entre la oferta y la demanda de trabajo: un exceso de mano de obra disponible, debido en parte a las deslocalizaciones, que ha hecho muy difícil la negociación y mejora de las condiciones de trabajo y de los salarios.

Pero la posibilidad que la extrema derecha llegue al poder es estremecedora, porque implica, generalmente, la suspensión de la democracia, y a partir de aquí ya todo es posible. Así que hay que actuar rápidamente para reconstruir un proyecto de izquierdas que movilice la clase trabajadora y le permita rehacer sus propios objetivos. Hace falta pues, un esfuerzo para rehacer las instituciones, y los sindicatos como CCOO son una pieza clave. Rehacer el sentido de clase de los trabajadores y trabajadoras, y construir la unidad, que supone poder englobar sus sectores más débiles, los inmigrantes, para evitar las tendencias ultranacionalistas con que juega la extrema derecha, son, en mi opinión, acciones que hay que emprender con rapidez.

Hay, desde mi punto de vista, una circunstancia que puede favorecer el fortalecimiento de la clase trabajadora: una circunstancia de tipo demográfico, muy clara en el caso español. El año 1975 un 27,26% de la población española tenía entre 0 y 14 años. El año 2020, solo un 14,26% de la población se encuentra en esta franja de edad. La reposición de la fuerza de trabajo no está asegurada, y lo empezamos a ver en la carencia de personal de determinados sectores económicos. La inmigración no lo resuelve, no tiene las características que se piden. Se abre, pues, un periodo en el que la fuerza de trabajo puede recuperar fortaleza y capacidad de negociar. Es urgente que la utilice para convertirse de nuevo, no en una clase, que ya lo es, sino en un actor político con proyecto propio. 





Cultura, clase, sindicatos, chimpancés

Guillem Martinez. Periodista, escritor



Es difícil definir la cultura. La primatología lo está haciendo, a la par que está descubriendo cosas formidables y que lo cambian todo. Como, por ejemplo, que los chimpancés tienen culturas, milenarias. Lo que permite definir la cultura. Es la transmisión de un conocimiento, tangible o no. Algo que los chimpancés tienen y hacen. Transmiten el uso -costoso, a lo largo de un aprendizaje de varios años- de herramientas. Se sospecha que ese uso de herramientas -palos, piedras- es muy anterior. Anterior a nosotros, los humanos, incluso.

Puede venir del antepasado común que compartimos nosotros y los chimpancés. Gracias a todos esos conocimientos sabemos que la cultura se produce cuando alguien intenta transmitir algo a otro alguien, que también participa de la cultura aceptando ese conocimiento transmitido. O negándolo con todas sus fuerzas, lo que también es un hecho cultural colosal. El palo de un chimpancé, pero también una novela, un cuadro, una obra de teatro, una película, una danza, son cultura, pero también la idea de aborrecer los libros, los cuadros, el teatro, el cine, el ballet. Incluso la de quemar todo eso. O someterlo a un determinado itinerario, o a unas determinadas expectativas. A una cosmovisión y no a otra. A la reproducción del mundo o a su cambio y refundación. En eso es importante una cosa que los humanos y los chimpancés tenemos. Clases.

En el caso de los chimpancés, se es de una clase u otra por el sexo, y por la fuerza muscular. En el caso de los humanos, es posible que el sexo también sea importante, y la fuerza muscular. Pero lo es también la economía, una suerte de fuerza muscular cruel e innegociable. Y, más aún, la percepción de la economía sobre nuestros cuerpos y almas. Esto es, la capacidad de saberse de una clase, y de transmitirlo así a otra persona. Lo que indica que, en tanto que idea transmitible, las clases son cultura. Las clases, por tanto, existen. Pero, como señalaba Max Netlau, a la vez que existen, no existen. O no en su nitidez. Es como los colores de la piel entre los humanos. Hay humanos blancos, negros, amarillos o rojos.

Pero, más comúnmente, hay humanos que no encajan en esos colores, que se alejan cromáticamente de un color para ser varios colores a la vez. O ninguno. Por otra parte, un gran matador de hombres pero, a pesar de ello, poseedor de una sensibilidad e inteligencia notorias, llamado Trotsky, explicaba que si bien hay varias clase sociales, las variantes culturales se reducen a una sola. La cultura de las clases altas burguesas, que la clase obrera, por ejemplo, imita, incluso para explicar problemáticas de la clase obrera. Si queremos que exista una cultura obrera, debe prohibirse la cultura burguesa, y establecer una dictadura del proletariado, venía a decir.

El Trotsky que hablaba de cultura fascinaba a Octavio Paz, clase alta burguesa. Lo que da la razón a Netlau y su teoría de los colores. Aún dando la razón a Trotsky al afirmar que, cuando uno elabora arte -algo sensible de ser transmitido y, por ello mismo, cultura, una herramienta de chimpancé -, transmite formas de los poderosos, es posible afirmar que la clase obrera, o al menos las clases populares, disponen desde el siglo XX de una forma de cultura extraña, dúctil, incalculable, alta y baja, que, sin dictadura del proletariado alguna, ha dominado el mundo, y que en ocasiones las clases altas imitan. Se trata de la cultura pop. Que, no nos vamos a engañar, es poco más que cultura de masas, algo que, en todo caso, resultaría imposible de entender para un chimpancé. Ahora mismo, en casa, mientras escribo, lo hago frente a un cartel de la época de la Guerra Civil. Se trata del cartel de un sindicato de clase, muy próximo a la ideología de Max Netlau. Es el cartel de un cine colectivizado por la CNT, en el que emitían cultura de masas, casi cultura pop. En el cartel se presentan diversas películas, hasta un par para cada día de la semana. Una es la más obvia. Se trata de Los Marineros de Kronstadt, asesinados, en su mayoría, por Trotsky. Pero el resto de películas es sorprendente: comedias románticas y cine de aventuras de Hollywood, y una, incluso, de los Hermanos Marx. Es lo contrario a lo que emitiría un cine del otro bando. Pero también lo contrario a lo que emitiría un cine colectivizado por la UGT de aquel momento, que seleccionaría sus películas a través de los gustos del que sería, con el tiempo, el asesino de Trotsky. Lo que explica una originalidad de la cultura, ese invento de los chimpancés.

Son visiones del mundo que no encajan con nada. O no tienen por qué hacerlo. Resulta difícil tabularlas. Y es de mal gusto negarlas, censurarlas. El hecho político de la cultura es que, cuando es dirigida con criterios políticos -no hay otros -, deja de ser algo propio de chimpancés y de humanos. Para que exista el hecho cultural, es precisa la libertad. El mercado no vela por defender esa libertad. Esa libertad es nuestra. Es una libertad política, con mayúscula. Es nuestra capacidad como especie de elegir lo que somos. Esto es, lo que transmitimos, y lo que nos negamos a transmitir. Todos, desde los chimpancés, emitimos cultura. Las más de las veces, gratis. Por lo que es difícil sindicalizar, asociar, la cultura. Pero echo de menos sindicatos que funden bancos, que transmitieran otra cultura bancaria, del préstamo y de la hipoteca. O que tengan, de una manera u otra, cines, esas cosas que ya no existen, en los que transmitan lo que quieran sus afiliados. Sería ideal que fueran cosas imprevistas y no calculadas, contradictorias, como los colores de la piel. Aún sabiendo lo que somos, nuestra clase, y el color de nuestra piel. Si fueran películas de los Hermanos Marx, ya sería para llorar de emoción. ■



Palabras como puños. Las manos del trabajo y la cultura escriben el relato

Carmen Barrios. Escritora y fotoperiodista



Las manos de José Hierro eran las de un escultor del lenguaje, las de un trabajador incansable de las palabras. Grandes, fuertes, recias, trabajadas. Las conocí, las estreché, las admiré durante un breve tiempo eterno, marcaron mis ojos, las fotografié, me estremecieron por su verdad. Por toda la vida que llevaban escrita, en su palma firme y en sus huellas de espirales infinitas, por todas las frases forjadas con un cincel de amor, cultura y compromiso. Aquellas manos eran capaces de labrar versos desesperados, que acompañan y dan luz toda una vida, “Ahora ya es tarde. Apagamos las manos felices/y nos ponemos a andar por la tierra cumplida de sombra. /Hemos caído en un pozo que ahoga los sueños. /Hemos sentido la boca glacial de la muerte tocar nuestra boca”. En qué se diferencian las manos -que forjan los anhelos y los nombran- de un poeta de las de cualquier trabajador o trabajadora. Todas cumplen su función, igualan en la necesidad de proveer sustento. Las de los poetas, artistas, gentes de la cultura proveen para llenar el alma de entendimiento y rosas; las del mundo del trabajo para techar la casa y traer el pan, tan necesario para la vida.

Decía Pasolini que la poesía no se consume, permanece como esencia, es un poso de aprendizaje y siempre podemos acudir a ella para poder explicar mejor el mundo que nos rodea. Es

incombustible, inconsumible, es un poco como la filosofía. La poesía es utópica y es pura, se resiste al aburguesamiento social del consumismo.

La alianza entre las manos de la cultura y las del trabajo hace progresar los pueblos, tejer caminos para la igualdad y ayuda a entenderse a las gentes. Desde las paredes de las cavernas contamos el relato del trabajo y de la vida con la verdad que fluye del lenguaje de los artistas, aquilatando hegemonías culturales y creando memoria. Ya sea en hábiles trazos de pincel, o en surcos grabados en la piedra, cualquier medio es bueno para comunicar anhelos o desvelos, relatos de vida o de muerte, sueños de guerra o estampas de paz y buenas cosechas.

“Contra las estructuras/de metal y de vidrio nocturno/rebotan las palabras aún sin forma,/consagradas en el torbellino helado,/y no me hacen llorar./Yo ya no sé llorar. ¡Y mira que he llorado!”, expresa Hierro en A orillas del Esat River. Porque hay que contarlo, siempre hay que contarlo, aunque duela. La diferencia estriba en quién es la o el encargado de contarlo, a quién pertenece el lapicero que dejará plasmada la huella del relato. Es necesario, lícito, justo incluso, que sea desde nuestra

perspectiva, desde la perspectiva de los comunes, de lo común, desde la clase trabajadora, desde la inmensa mayoría, desde la puta base. Tenemos que evitar con toda nuestra fuerza que el relato se escriba desde la perspectiva privativa y exclusiva del poder, para romper su tentación continua de imponer su hegemonía cultural. Porque las palabras pueden proporcionar al cuerpo social alas enormes como las del cóndor o lastrarlo con la potencia de pesados yunques en la forja del infierno.

Trabajadoras y poetas formamos parte de ese mundo del trabajo que nos une en la clase de los comunes. Estamos conminadas a forjar alianzas y diálogos.

Cuando el poder del dinero consigue abrir una brecha de desentendimiento entre las manos de la cultura y las manos del trabajo, envolviendo las palabras en altos muros de Babel, desgastando, malgastando y pervirtiendo el lenguaje como moneda falsa, dificulta la comunicación y el entendimiento, y mueren las rosas, enmohece el pan y se ahoga con sal el camino de la igualdad. Y los comunes son convertidos en siervos del todopoderoso diablo amarillo, que diría Gorky.

¿Cuál es nuestro principal compromiso social, manos del trabajo, manos de la cultura? Sin duda trabajar unidas. Tejer alianzas. Entrelazar las manos todas, asegurar los cuerpos encadenados por los brazos firmes y caminar juntas como en la estampa del fotograma más noble y simbólico de Novecento, todas a una. Nosotras desde las letras y las artes debemos cultivar las palabras que llegan, sembrar surcos y caballones de esta tierra dura, adoquinada, fría y cementera con nuestro propio relato. Hay que romper la comunicación unívoca, transgredir el mensaje homogéneo con el que bombardean mentes, hiriendo cuerpos, para ser capaces de levantar la ola que haga florecer esa utopía en la que la vida sonríe a los y las comunes.

En la pelea por el relato contra el poder del dinero nos encontramos juntas las manos de la cultura y las del trabajo, porque ambas somos pueblo, nacemos del mismo vientre.

Manos que trabajan, voces que gritan. El relato cuenta.

En plenos años veinte en la Puerta del Sol de Madrid Maruja Mayo, Margarita Manso, Salvador Dalí y Federico García Lorca lanzan al viento sus sombreros liberándose de prejuicios públicamente. Simbolizaron con este gesto muchas cosas, entre ellas terminar con dogmas y clasismos, libertad para ser y exigencias de igualdad, negadas por la dictadura de Primo de Rivera. Fueron apedreados por ello, pero con el tiempo le dieron nombre a un grupo de mujeres valientes Las Sinsombrero (Ernestina de Champourcín, María Teresa León, Concha Méndez, María Zambrano, Rosa Chacel, Josefina de la Torre, Marga Gil Roësset y las propias Mallo y Manso) que reivindicaron el espacio de las mujeres en las letras, en las artes y en la cultura en los años 30 y por extensión en la vida pública y política, dándose la mano con Clara Campoamor, Victoria Kent, Dolores Ibarruri - Pasionaria-, María Lejárraga, Eulalia Prieto o Justa Freire, y tantas otras pioneras en la avanzadilla de la igualdad. Ellas pusieron en su presente un pie para nosotras en el futuro. Desde sus reivindicaciones de espacio, reconocimiento, visibilidad e igualdad hasta nuestros días medió un golpe de Estado cruento contra los sueños de justicia social de todo un pueblo, medió una guerra para ahogarlos y cuarenta años de represión salvaje y luchas por derechos. Las mujeres siguieron avanzando desde las calles, desde las tribunas del teatro, desde las páginas de los libros, muchas pusieron sus cuerpos hasta llegar a hoy, donde seguimos enfrascadas en pelear por las cosas de comer.

Pablo Picasso gritó al mundo la palabra Paz en todas las lenguas en 1937. Sus manos hablaron un idioma universal e imperecedero, el de la palabra del arte -creando lenguaje propio- para contar la peor historia de su propio tiempo.

Acudió a la llamada de Josep Renau para contarle al mundo cómo el fascismo arrasaba la democracia, asesinando a los hijos e hijas de la Segunda República española. El Guernica expresa con anemia cromática y apabullante simbolismo narrativo el horror de la guerra, causada por la barbarie fascista, sobre el cuerpo del pueblo español. Realizó un retrato, una instantánea, una fotografía documental en blanco y negro registrada en lienzo de lino y yute en 776,6 cm de largo por 349,3 cm de alto que atrapa y sobrecoge. Picasso lo cuenta para las gentes de su tiempo y para las generaciones que están por llegar. El Guernica es una alerta eterna contra la guerra.

Matthew Warchus (director de cine) y Stephen Beresford (guionista de cine) expresan en *Pride* todos los significados de la palabra Orgullo. Entonan en metraje cinematográfico un *Nosotros somos quien somos*/¡basta de Historia y de Cuentos!, como dijera Gabriel Celaya en otros versos, para hacer relato. Cuentan la lucha histórica de los mineros ingleses durante la huelga de 1984 contra las políticas de la implacable semidiosa del neoliberalismo Margaret Thatcher.

Estos creadores convierten una lucha que se perdió- la de los mineros ingleses contra Thatcher- en un símbolo de solidaridad y de unidad, al mostrar cómo mineros y activistas gays y lesbianas unen sus esfuerzos reivindicativos contra un enemigo común, desde el orgullo de clase y el orgullo de ser. La cinta muestra esa unidad de manos unidas y la fuerza que despliega esa lucha incansable por la igualdad que no se rinde y se da la mano de una generación a otra, de una reivindicación a otra en una sucesión imparable de cederse el testigo para resistir y sujetar los muros de la casa de los comunes con toda la dignidad que seamos capaces de reunir, para evitar que nos arrase y nos uniforme la hegemonía del diablo amarillo.

David Simon, un creador de guiones para series televisivas con alma de periodista, autor de joyas audiovisuales como *The Wire*, *Treme*, *La conjura contra américa* o *La ciudad es*

nuestra explica en una entrevista-diálogo con Anita Fuentes y Pablo Iglesias en *La Base* cómo en un momento de su carrera como periodista de sucesos en *The Baltimore Sun*, donde estaba enfrascado en destapar la corrupción sistémica en esa ciudad a golpe de artículo de investigación, se dio cuenta de que el periodismo no era suficiente, no llegaba. Sus artículos quedaban sepultados bajo toneladas de letra impresa, pervertidos por anuncios de la irrealidad y el consumo, y desdichos hasta la saciedad en los mentideros machacones de las informaciones y las tertulias de radio y televisión. Decidió que la mejor manera de contarlo para llegar al lugar de denuncia social que él buscaba era hacer relato cultural, guiones como puños para relatar la tragedia griega contemporánea en forma de brutal lucha de clases que se libraba -y se libra- en las calles de Baltimore, donde los hombres y las mujeres de clase trabajadora pelean denodadamente por sobrevivir a las iras de los contemporáneos dioses, los iracundos dioses del dinero. En sus guiones, Baltimore puede ser cualquier ciudad de este occidente inundado de capitalismo y ahogado en desigualdad.

Marie Darrieussecq, escritora francesa y relatista implacable, deja por escrito un cuento salvaje y distópico, *Marranadas*, que se desarrolla en una ciudad que podría ser cualquier ciudad europea. Compone un testimonio de denuncia sobre el capitalismo depredador en la piel de una empleada de perfumería que termina convertida en cerda. Abruña a acompañar a la dependienta explotada y abusada de mil formas mientras sufre su metamorfosis brutal, debido a las violencias de una sociedad consumista y patriarcal, asediada por señores del dinero y políticos depravados, neonazis aburridos y periodistas amigos del poder que parecen sanguijuelas exprimiendo el cuerpo social.

Darrieussecq termina su *Marranadas* con la siguiente frase: "Escribo en cuanto me baja un poco la sabía; me entran ganas cuando la Luna sube, bajo su luz fría releo mi cuaderno. Lo robé en la granja. Intentó poner en práctica los métodos que



me enseñó Yvan, pero al revés: cuando estiro el cuello hacia la Luna, lo hago para recordar mi forma humana”. Escribir para contarlo, desde nosotras, desde donde estemos, aunque sea desde nuestra propia derrota, pero que se sepa que somos dueñas de nuestro relato. Aunque el capitalismo nos convierta en cerdas y nos obligue a rebozarnos en nuestra propia mierda tenemos que contarlo, estamos obligadas a levantar nuestro cuello hacia la Luna para recordar nuestra forma humana.

Silvia Serrano, jovencísima creadora de contenidos de audio, pone sus manos a crear palabras de podcast para hacer un personalísimo ejercicio de Memoria Democrática en su obra de realidad emocional auditiva La abuela de las tres guerras, que trasciende al lenguaje universal del arte y nos habla a todas. Serrano hace relato. Nos interpela. En conversación de café quise saber por qué se lanzó a hilar así palabras de memoria. Para entender, para entendernos, para saber quién soy -dijo-, quiénes somos concluimos ambas, porque algunas seguimos empeñadas en poner palabras para entender qué fue aquello que pasó en este país ahogado en el silencio impuesto por la Victoria fascista en forma de mordaza negra durante cuarenta años. Una mordaza que todavía aprieta hoy demasiadas bocas bajo la esencia de la memoria convertida en amnesia, gracias al poder del miedo. Es necesario levantar esa mordaza y escribir el relato de lo que sucedió desde nuestros propios cuerpos de hijas de las supervivientes, aunque a veces duela. Como canta La raíz a ritmo de rock en su de poetas y presos, “somos las hijas de los versos/de los poetas y los presos/la voz que grita entre los huesos/ de las cunetas

para despertar/ al universo”.

Al igual que Hierro, Passolini, las Sinsombrero, Picasso, Warchus y Beresford, Simon, Darrieussecq y Serrano, como tantas y tantos creadores, trabajadoras, escritores, pintoras, guionistas, bailarines, ilustradoras, músicos, poetas y artistas visuales, cineastas y actrices, dramaturgas, creadoras de contenidos de audio o de video, literatas e intelectuales, creo en la función social y en la fuerza transformadora de la cultura. Hago relato sobre las mujeres del mundo del trabajo, sobre las luchadoras por derechos, escribo y cuento, cuento y escribo porque soy una de ellas y estoy marcada por un hierro infernal en el costado que me sitúa en el peldaño más bajo -soy mujer de una clase trabajadora que necesita fuerza y empeño para contarlo, para hallar las palabras que sean capaces de nombrar todos los compromisos que nos unan en el camino de conquistar la igualdad. Toda ella, la más amplia. Voy de la mano de las mías, de las trabajadoras de ayer y de hoy. Y no me rindo. **F**

*Agradezco las sutiles observaciones del historiador Enrique Corredera Nilsson, que me han ayudado a pulir y mejorar este texto.



Vertebrar la clase, integrar la diversidad

Joan Coscubiela. Director de Escuela del Trabajo de CCOO



Desde hace unos años asistimos en el seno de las izquierdas a un debate de los que tanto nos gustan. En este caso se trata de plantear el dilema entre identidad de clase y diversidad. Sin quitarle trascendencia a la reflexión, que la tiene y mucha, en algunos momentos me ha parecido que algunas de las personas participantes en la polémica la planteaban en términos parecidos a aquella trampa emocional de “¿a quién quieres más, a papá o a mamá?”.

Aunque hay posiciones mucho más matizadas, en los extremos se sitúan quienes creen que la defensa de la diversidad refuerza, en todos los casos, los valores individualistas y deteriora el espíritu colectivo de la identidad de clase, como si la clase no estuviera configurada por personas diversas. Y en el otro extremo quienes consideran que eso de la clase es una antigualla del siglo XX y que la política debe girar sobre el eje de los conflictos culturales, como si el propio concepto de clase no contuviera importantes factores culturales.

En mi opinión en este debate que he presentado de manera simplificada -espero que no simplista- se cometen algunos errores de partida. El primero tiene que ver con

la construcción histórica del concepto de clase obrera. El segundo se deriva del hecho de ignorar o no analizar suficientemente los grandes cambios socioeconómicos de nuestra sociedad en las últimas décadas.

De entrada, conviene recordar que el concepto de clase obrera, aunque a veces se ha presentado como un ente compacto, nunca negó la diversidad en su seno. No solo desde la perspectiva de las personas trabajadoras y sus sindicatos. El propio capital fue consciente de esa diversidad y la aprovechó en beneficio propio.

Así, en sus inicios el capitalismo industrial consiguió elevadas rentabilidades, no solo apropiándose de las tierras que explotaban comunamente los campesinos para forzarles su inmigración hacia la industria y la ciudad. Utilizó también el trabajo de las mujeres y el de los niños, incluso menores de 10 años, para su estrategia de reducción de costes, forzando así las bajadas de salarios.

Ante ello, y desde sus comienzos el incipiente movimiento obrero planteó reivindicaciones que atendían a esa diversidad, desde la limitación primero y la prohibición

después del trabajo de los niños, hasta reivindicaciones que atendían a los derechos de las mujeres. Es verdad que en muchas ocasiones estas reivindicaciones que se presentaban como igualitarias contenían importantes elementos de ideología patriarcal, como prohibir a las mujeres ciertos trabajos para “protegerlas de las debilidades” inherentes a su sexo.

Las luchas contra el capitalismo y el patriarcado confluyeron en muchas ocasiones, a pesar de que la ideología patriarcal estaba muy infiltrada en el tuétano de la conciencia social y también de las organizaciones que luchaban contra la explotación capitalista. Y así continúa siendo en muchos casos.

Quizás ha sido eso lo que nos ha dejado una imagen del sindicalismo monopolizado por hombres de sectores industriales. Afortunadamente la ficción, sea como novela o cine, han venido para matizar estas imágenes. Baste recordar películas como “Norma Rae” o “En tierra de hombres”, entre otras.

Tampoco debería pasarse por alto que, desde sus inicios, el sindicalismo fue muy activo en la batalla cultural. Especialmente significativas fueron las iniciativas en torno a la formación, los ateneos obreros, las casas del pueblo, clubs deportivos y otras formas de asociacionismo.

Lo que generó una identidad muy fuerte y compacta como clase obrera no fue la negación de la diversidad dentro

de la clase, sino las condiciones materiales del sistema de producción. El taylorismo industrial se caracterizó por la concentración de trabajadores en grandes centros de trabajo, lo que facilitaba aumentos de productividad y de los beneficios empresariales, al mismo tiempo que permitía un mayor control social de las personas trabajadores y la disciplina sobre ellas, incluso fuera de su lugar de trabajo.

La imagen que mejor refleja esta realidad es la de las colonias textiles, en las que junto a la fábrica, se construyeron las viviendas de los trabajadores, los economatos en los que las familias estaban obligadas a comprar, utilizando en muchos casos la moneda expedida por la propia empresa. Y para garantizar el control ideológico y la disciplina social, las empresas también se responsabilizaban de las escuelas y la iglesia con su correspondiente párroco. Todo en un espacio territorial limitado y controlado al extremo por el burgués de turno.

Ese es el hábitat en el que se configuró una potente identidad de clase durante la etapa del capitalismo industrial. Son las condiciones materiales de trabajo y vida las que determinaron en buena parte ese potente sentido de clase.

Esa es la realidad que se ha transformado radicalmente. Hoy el “taylorismo digital” -concepto que le debemos al amigo Ignacio Muro- se caracteriza porque ha conseguido articular formas de trabajo en el que la mayor productividad

y los beneficios se alcanzan no concentrando a los trabajadores en un gran centro de trabajo, sino muy al contrario teniéndolos dispersos. La dispersión no supone un menor control sobre las personas trabajadoras, porque la digitalización permite no solo un mayor control social sino en muchos casos un aumento de poder empresarial y del capital.

Como siempre las innovaciones tecnológicas por si solas no producen ningún cambio. Es la ideología la que, a partir del sustrato de las innovaciones, propicia cambios y disrupciones importantes en las estructuras socioeconómicas y en la sociedad. Cambios culturales, por supuesto.

En paralelo al “taylorismo digital” asistimos a la hegemonía ideológica de la mercantilización social, que se expresa en la máxima neoliberal de “el mercado da, el mercado quita”. Hasta el punto de que al mercado se le otorga no solo la función de distribuir bienes y servicios en exclusiva, sino que se le dota de legitimidad para ordenar las relaciones sociales y se le reconoce como el verdadero regulador de facto de la sociedad. El sumun de esta ideología lleva a algunos a considerar como derecho todo aquello que se pueda adquirir en el mercado.

Mientras el taylorismo digital individualiza -que no personaliza- las relaciones, el mercantilismo otorga a los individuos la capacidad para convertir sus deseos y voluntades en derechos, de tal manera que les convierte

en “individuos tiranos” frente al resto de personas y la sociedad.

Este maridaje entre taylorismo digital y mercantilización de la sociedad están actuando como un factor corrosivo de cualquier construcción de identidad colectiva.

La respuesta del sindicalismo ante esta nueva realidad es compleja. De entrada, porque no la puede acometer en solitario, se hace necesario generar un nuevo paradigma social que facilite que el sindicalismo pueda desarrollar su función de auto organización social y representación colectiva.

En estos momentos, en el que las crisis se encadenan y muestran la insostenibilidad de este orden social, se están abriendo brechas y oportunidades para construir ese nuevo paradigma ideológico que, entre otras cosas, reequilibre los papeles del mercado y el estado en beneficio de este último. Un estado que ya no va a ser únicamente el estado nación, y en el que la UE –aunque no con la forma tradicional de un estado- puede jugar un papel importante. Lo está jugando ya, a golpe de crisis.

Es en ese contexto en el que debemos librar la batalla cultural que haga compatible clase con diversidad. Una de las claves pasa por dar respuestas a la compleja y contradictoria dialéctica entre personalización e individualización, que en ocasiones se presentan como sinónimos pero que no lo son. Mientras el individuo

responde a la lógica del mercado, la persona responde a la lógica de la comunidad.

Este es un reto que emplaza directamente al sindicalismo. A lo largo de la historia, el trabajo, los trabajos, siempre han ocupado una gran centralidad social. En el origen de las grandes transformaciones sociales siempre encontramos cambios en la forma social que adoptan los trabajos.

En esta evolución del trabajo se detecta un potente hilo conductor, el constante aumento de la libertad en la prestación del trabajo. Cada una de las formas de trabajo contiene más elementos de libertad que la anterior, aunque en ocasiones se hayan producido recidivas. Basta comparar el esclavismo con el trabajo asalariado.

Hoy, estamos ante uno de esos momentos de cambio en los que las tecnologías permiten una mayor personalización en la prestación de los trabajos, al tiempo que propician una mayor individualización en su prestación y en la relación entre trabajos y capital.

Reforzar la personalización y combatir la individualización es la nueva alquimia a la que la sociedad en su conjunto y el sindicalismo está llamada a responder. De ello se desprenderá no solo las nuevas formas de organizar el conflicto social en el siglo XXI, sino también la propia organización de la sociedad.

De manera simplificada podríamos decir que la principal función cultural del sindicalismo hoy es integrar en nuestro seno todo lo que la empresa y el capitalismo digital desintegra e individualiza. Al tiempo que se trabaja para vertebrar en la comunidad todo lo que el mercado y la sociedad mercantilizada desvertebra. Es el viejo reto de vertebrar la clase, reconociendo la diversidad e integrándola.

Como siempre, mucho más fácil de decir y escribir que de hacer. Tampoco eso es nuevo, es el sino de la humanidad y de sus avances. 





Con las cosas de leer no se juega

Marc Andreu Acebal. Historiador y periodista, es director de la Fundació Cipriano García - CCOO de Catalunya



Mejorar las condiciones materiales de la vida de la gente. Eso es, en esencia, lo que está comúnmente aceptado entre la mayoría de las organizaciones de la izquierda (partidos, sindicatos y todo tipo de asociaciones) como objetivo principal y concreto de la acción política y sindical. De ahí que esa pretensión se decline también con el eslogan ahora muy en boga (pero casi tan viejo y de sentido común como el refranero popular) que proclama que con las cosas de comer no se juega. Pero ¿y qué pasa con las cosas de leer? Parece como si, en tiempos en los que la comunicación, las redes sociales, el márketing y el tacticismo dominan la política por encima de la ideología, del tejido social organizado, del programa y de la estrategia, con los libros o con el manido relato sí que se pueda jugar. Y sin demasiadas contemplaciones.

El imperio de las fake news es, seguramente, la máxima expresión de esta perversa maleabilidad del relato, de la narrativa o de las letras. Pero, aunque el anglicismo lo barnice de modernidad, la manipulación informativa y cultural es casi tan vieja como la humanidad. Y tampoco es exclusiva de los populismos de todo tipo o de la extrema derecha. Basta con recordar que la agitprop tuvo su origen

en la Rusia bolchevique, incluso etimológicamente. La agitprop, eso sí, es un poco más sofisticada que las fake news, puesto que la propaganda de agitación nació como estrategia política para influir sobre la opinión pública a través del arte, de la literatura, del periodismo y, en definitiva, de la cultura.

En cualquier caso, la agitprop difícilmente puede competir con las fake news puesto que ya no se lleva en la izquierda. Entre otras cosas, porque requiere de una potencia organizativa y de una densidad social que la izquierda, en general, ya no tiene. Pero una cosa es admitir eso y otra, muy distinta, hacer lecturas erróneas de la realidad, enredarse con el relato o, simple y llanamente, jugar con las cosas del leer. Y eso es lo que hace el profesor de filosofía de la Universitat de Barcelona Antonio Gómez Villar en *Los olvidados. Ficción de un proletariado reaccionario*, un libro importante y que comparte novedad y librerías con otro igualmente importante y que, en buena medida, es su complemento y antítesis a la vez: *Lucha de clases, franquismo y democracia. Obreros y empresarios (1939-1979)*, del historiador y profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona Xavier Domènech.



Es sabido que la teoría no siempre casa bien con la realidad o con la praxis. También sabemos que sin ideología no se va a ninguna parte, al menos en clave de izquierdas y de transformación social. Pero, como resumió Gramsci a la perfección, las ideas (y la lucha) no viven sin organización. De aquí la necesidad de reivindicar (y de repensar, sin miedo) conceptos elementales como trabajo, lucha de clases y clase trabajadora al lado de instrumentos igualmente fundamentales (y necesitados de actualización, qué duda cabe) como partidos, sindicatos y movimientos sociales. Desde sensibilidades de izquierda, a eso dedican en buena medida sus respectivos libros Gómez Villar y Domènech, aunque lo hacen partiendo de presupuestos y disciplinas académicas muy distintas. Con algún nexo en común: el historiador británico E. P. Thompson y su experiencia de clase.

Gómez Villar comulga con “el fin de la ética del trabajo que había sido decisiva en la historia cultural del movimiento obrero del siglo XX” y asume y proclama “el fin de la primacía social, política, cultural, teórica e ideológica de la clase obrera”. Defiende, eso sí, la vigencia de la lucha de clases tal y como la conceptualizó el autor de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, aunque reivindica como su acicate no a la clase obrera, sino a los antagonismos de las identidades de sexo, de género, de etnia y, marginalmente, también de clase. Domènech, en cambio, proclama “la voluntad de no entender la clase como una identidad”, reivindica la tradición de la vieja historia social y, sobre todo, al mismo E. P. Thompson y a

su historia desde abajo. Algo que, en el caso de la España contemporánea, pasa por reconocer justamente a la clase obrera y a los sindicatos como sujetos principales de la lucha por la democracia. A su vez, Domènech, conocedor de la literatura “de mejor y peor calidad” que reivindica la clase como “realidad primordial frente a las trampas de la diversidad”, admite que “el problema de la centralidad que se está otorgando en nuestro presente a las identidades está marcando de forma ineludible tanto el análisis histórico como la cosmovisión de una parte de los movimientos sociales y de la política como nunca antes había sucedido”.

En los prolegómenos de *Lucha de clases, franquismo y democracia*, Domènech ensaya una interesante reflexión sobre estructuralismo, modernidad, posmodernidad y el giro lingüístico de las ciencias sociales, que no niega, pero al que se resiste desde la evidencia que le proporcionan la práctica empírica de la historia social y, singularmente, el estudio de las historias de vida y las biografías obreras recopiladas por el Archivo Histórico de CCOO de Cataluña. En *Los olvidados* de Gómez Villar no solo prima la filosofía posmoderna de dar por finiquitada la centralidad del trabajo y de no reconocer a la clase obrera como sujeto revolucionario (ni ahora, ni en 1917, ni en el siglo de Marx), sino que, desde la atalaya filosófica universitaria, se critica a “organizaciones sin duda necesarias pero insuficientes” como los sindicatos por haber quedado reducidos “a grupos de presión y demandas sectoriales, a puro particularismo”.



“La izquierda no ha sido derrotada por haber desatendido a lo material, sino por su incapacidad a la hora de construir imaginarios”, sentencia Gómez Villar. De forma confesa se ceba con lo que denomina relato del “regreso de lo material” y, de forma descarada, con autores como Ken Loach, Owen Jones, César Rendueles o, en especial, el Daniel Bernabé de La trampa de la diversidad, a quién no llega a tildar de fascista, pero sí equipara al rojipardo Diego Fusaro. Abanderado de la nueva izquierda -aunque no queda claro si es la de Mayo de 1968 o la que acuñó lo de Régimen del 78-, Gómez Villar sostiene lo siguiente: “El rechazo del trabajo no fue una demanda de los hijos de la burguesía, fue el grito de los trabajadores. [...] La izquierda entró en crisis por su incapacidad para nombrar lo deseable, para ir más allá de las formas disciplinantes de la izquierda fordista y sus aparatos sindicales; una crisis como consecuencia de su renuncia a disputar la rearticulación luego del acontecimiento del 68”.

Una virtud de leer *Los olvidados* es que da mucho en qué pensar. En algunas cosas, para compartirlas. Y en otras muchas, no. En especial cuando Gómez Villar concluye que “la obstinación obrerista” de conservar, mantener y defender la primacía de la clase y “la no asunción de su posición minoritaria conduce a lo reaccionario”, puesto que “el obrerismo concibe la clase trabajadora como agente en la historia, no en la política”. Algo que desmiente con rotundidad Lucha de clases, franquismo y democracia. La obra de Domènech -que también fue por una etapa adalid de la nueva izquierda; en su caso, claramente la que

acuñó lo de Régimen del 78, aunque no está claro que el historiador certifique el concepto- es un libro de historia, sí; pero también se lee en clave política y de presente.

Un presente que, al menos en España, otorga como nunca desde hace 40 años carta de naturaleza política principal a la clase trabajadora. Y no solo porque esta ve como los salarios van perdiendo poder de compra frente a una elevada inflación. Sino porque en la izquierda política realmente existente se ha vuelto al laborismo, bien sea en la confusa y vergonzante apelación socialdemócrata a la “clase media trabajadora” o en la variante que quiere relanzar el ecosocialismo en el empeño por sumar todo lo que hay a la izquierda del PSOE. Empeño que solo será posible si lo entiende, o se deja, esa nueva izquierda que irrumpió desdeñando a la clase porque hablaba de casta e identidades y que va camino no de desaparecer, porque la energía solo se transforma, pero sí de la irrelevancia cuando, paradojas de la vida, ha decidido apelar a la lucha de clases.

En una jornada sobre democracia económica, mercado de trabajo, sindicatos y patronales en perspectiva histórica y comparada celebrada a mediados de octubre en la Universitat Pompeu Fabra, el sociólogo Pere Jódar resumió bien el momento presente: “Desde hace años que no se hablaba de trabajo, sino de relaciones laborales. También se hablaba de género, de democracia o del procés; pero no de trabajo. Ahora, el tema del labour vuelve a estar sobre la mesa, en parte gracias a Yolanda Díaz”. Un regreso

de lo material o una recuperada centralidad del trabajo -que “tiene mucha importancia pero poco escaparate”, en palabras de la también socióloga Teresa Torns- que se da, sobre todo, a raíz de la pandemia, del confinamiento y de todas las crisis desatadas estos últimos años: económica, energética, climática, democrática...

Agravada por la guerra en Europa y el riesgo de estanflación, esta crisis múltiple del capitalismo y la incertidumbre global del momento reclaman ideología, política y análisis socioeconómicos y académicos rigurosos o atrevidos, pero certeros. Aunque -puesto que las ideas no viven sin organización, y porque el auge de la pobreza, del populismo y de la extrema derecha es ya más real que riesgo- no bastan proclamas, teorías ni relatos. Para ganar la hegemonía cultural y conservar la política, la izquierda necesita formación, hechos, acciones y organizaciones fuertes y enraizadas en las personas y el territorio que puedan dar respuesta sostenida -así en el diálogo con instituciones y agentes sociales y económicos como en la calle, mediante movilizaciones- al deterioro de la democracia y de las condiciones materiales y culturales de vida de la gente. Sí: la izquierda debe luchar por mejorar las condiciones materiales y culturales de vida de la gente. Porque con las cosas de comer no se juega; pero con las de leer, tampoco. 



Sobre clase, cultura, política y sindicato

Mario Ríos. Analista político, profesor asociado y doctorando en la Universitat de Girona

19 | 



Vivimos tiempos de fuerte incertidumbre y en el que la historia de nuevo parece acelerarse. Cuando se empezaba a intuir la recuperación de la crisis de 2008 en la mayoría de las economías europeas a nivel macro, la pandemia del coronavirus cerró la economía mundial suponiendo una destrucción económica sin precedentes desde la II Guerra Mundial en la mayor parte de economías avanzadas y en vías de desarrollo. Después de dos años de lucha contra el virus, y gracias a la vacuna y las medidas sanitarias, parecía que se recuperaba una normalidad, que, aunque llenó portadas, análisis y artículos de opinión era solo un espejismo. La guerra de Ucrania y sus consecuencias energéticas y económicas, entre ellas un aumento de la inflación que ya iba al alza en los meses previos, trastocaron completamente este regreso al pasado prepandémico.

Sin embargo, tanto el impacto de la pandemia como el de la guerra palidecen cuando hablamos de la crisis climática presente que ya estamos viviendo. El cambio climático no es una cuestión de futuro. Su impacto es presente y cada vez golpea más duro. Las olas de calor constantes durante este verano, la gran sequía en Europa y China, los incendios en medio globo o las inundaciones en Pakistán son solo una pequeña muestra

de lo que viviremos a partir de ahora. Estamos en una etapa de emergencia crónica en el que las viejas recetas ya no sirven, tal y como explica el activista ecologista Andreas Malm en su ensayo sobre el coronavirus y el cambio climático.

Ahora bien, en un mundo fragmentado, atomizado y en el que la estructura social es cada vez más compleja por los cambios en los modelos de producción económica, ¿cómo articulamos esta diversidad de intereses y valores para tejer una acción colectiva social y política que nos lleve a conseguir estos cambios? Es en este momento cuando necesitamos organizaciones sociales y políticas arraigadas, con trayectoria, capaces de movilizar y de ser transversales en sus demandas. El movimiento obrero y su materialización organizativa, los sindicatos, no solo han defendido demandas y reivindicaciones laborales, también un programa político, económico y social que reflejaba una visión ideológica del mundo determinada.

Aunque hayan pasado un periodo histórico en el que han sufrido ataques legales, políticos y grandes campañas de difamación para desacreditarlos como organizaciones de masas que articulen demandas y valores y actúen como contrapeso al poder del capital, el mundo pospandémico está asistiendo a

una recuperación de los sindicatos a nivel social pero también organizativo con un crecimiento no solo de su papel político sino de sus afiliaciones. Este impulso derivado de su acción protectora ante los estragos sociales y laborales de la pandemia, del contexto de inflación y del retorno del eje trabajo vs. capital permite a los sindicatos no solo una mayor visibilidad si no la defensa de un programa social, económico y político total para un mundo en transformación. Los sindicatos son de las pocas instituciones sociales con penetración transversal que pueden articular una serie de demandas y valores diferentes para dar la batalla ideológica por una nueva realidad. Ni los partidos políticos, organizaciones cartelizadas que ya no actúan como correa de transmisión de diferentes intereses sociales, ni los movimientos sociales, basados en un activismo total que no acostumbra a ser transversal, están en la posición de los sindicatos para ser esa palanca de cambio.

El sindicalismo del SXXI debe ir de mano de la transformación ecológica y social que necesitamos para luchar porque este planeta siga siendo nuestro hogar. Solo un actor con 2 siglos de existencia y que impulsó desde sus orígenes otra concepción del mundo puede liderar junto a otras organizaciones el cambio necesario para conseguir una sociedad más justa, sostenible y democrática. 





La caricatura en el debate: cultura, clase, política y sindicato

Ernesto Priego. Caricaturista y delegado sindical



Si partimos de una base simple, la cultura sería el conjunto de bienes y manifestaciones intelectuales de un conjunto social. Con esta base se fomentan las ideas, los hábitos y tradiciones, los procesos, patrones, la lengua, las prácticas, los cultos, el arte y otros tantos valores que acaban definiendo nuestras herramientas y conocimientos. Este patrimonio a su vez nos genera la necesidad de manifestarlo, de conservarlo y en gran lugar, a transmitirlo. A veces como herencia y otras como imposición.

CLASE

Básicamente la clase social define a todo aquel conjunto de individuos caracterizados por tener un papel determinado en el sistema de producción, dentro de un grupo de riqueza común. Según K. Marx las clases sociales aparecían cuando se realizaban divisiones sociales en el trabajo. En cambio M. Weber afirmaba que una clase social estaba determinada por la misma o similar posibilidad de acceder a los bienes y servicios del mercado. En conclusión, lo que evidencia el nacimiento de las clases sociales es la división entre la ciudadanía y la profunda desigualdad en el acceso a los bienes y servicios del mercado común.

POLÍTICA

Es la manera en que se gobierna y se organiza a la sociedad.

Y a su vez, es la actividad que ejercen aquellos que gobiernan, administran y gestionan los asuntos que afectan a una sociedad o a un país.

SINDICATO

Organización sindical constituida para la defensa y promoción de los intereses profesionales, económicos o sociales de sus miembros.

La cultura, la clase, la política y el sindicato son disociables y se interrelacionan constantemente. La cultura en toda su extensión es uno de los bienes más preciados de una sociedad, es su identidad. La cultura nos trasciende en la medida en la que pertenecemos a una u otra clase social. Si perteneces a los estratos más altos esta te será sumamente accesible y su comprensión también.

Si residimos en los peldaños más altos de la sociedad, se nos supone con un grado de educación suficiente para la interpretación y comprensión de lo que vemos, y un nivel económico que nos abre las puertas de este conocimiento con más facilidad. En cambio, pertenecer a los estadios más bajos de una clase social precariza los recursos económicos y educativos a los que podemos acceder, además de menguar un factor tan sumamente importante como es el tiempo del

que disponemos para la observación, para nuestro reciclaje y en definitiva, para nuestro aprendizaje personal. La cultura es una riqueza que no figura en las balanzas, no forma parte de un PIB, ni aumenta nuestra cuenta corriente, pero define y enriquece una sociedad. La cultura son ideas, hábitos, tradiciones, patrones, procesos, prácticas, cultos, lengua, arte, y tantas cosas más que si no tienen un acceso simétrico en todas las capas de la sociedad llega a producir una división intelectual y por lo tanto social.

Aquí es donde participa la política. La política como actividad que ejercen aquellos que gobiernan, administran y gestionan los asuntos que afectan a una sociedad, tiene el deber de procurar la conservación del patrimonio cultural, la transmisión de esta sin discriminación y por supuesto, sin imposición, y el libre acceso para toda la ciudadanía. Una gestión universal de la cultura, garantiza una forma de criterio más amplio en la persona, y el criterio y la información es la virtud más esencial de la que puede disponer un individuo a la hora de comprender, valorar y construir su identidad.

Esta debiera ser su función, pero también es bien cierto que en ocasiones la política es un elemento invasor y adulterador de la cultura convirtiéndola en una eficaz herramienta de adoctrinamiento y de difusión de ideologías. En resumen, regulando las fuentes y clasificando, y censurando aquello que deben o no deben ver los ciudadanos y ciudadanas. Esa forma de gestión de la cultura y de control de su acceso tiene como intención anular nuestro criterio y limitar nuestra información.

Esta apropiación del elemento cultural por parte de unos para perjuicio de muchos tiene sus niveles de intensidad. Desde los sistemas autocráticos más absolutistas que controlan la llave general de todo lo que se debe leer, oír y ver. Hasta aquellos sistemas políticos que con ciertas reminiscencias despóticas controlan algunos grifos, como pueden ser los medios de comunicación o las redes sociales.

En estos últimos tiempos hemos visto como componentes tan importantes para la cultura popular como son la música o el humor gráfico, han sufrido el lamentable tijeretazo de la cultura y la judicialización de las ideas por parte de ciertos grupos políticos que anidan en la derecha, y en ocasiones, también residen en el centro del espectro político. El valor de lo escrito, de lo dicho o de lo dibujado es el valor de nuestras ideas y de nuestra propia opinión. Si bien es cierto que es una sola mano o una sola boca, es con frecuencia la conclusión de una idea grupal o social, que se supone debe proteger el sistema legislativo y respetar el político. Castrar estas manifestaciones es retroceder en la marca cultural a la que hemos llegado.

A mediados del 2022 Nórdica Libros ha editado el libro "Caricaturistas de Profesión" donde se reúne a 11 dibujantes de prensa española. El libro es en su concepto inusual para la temática que toca. Como norma general, se suele exponer una relación de la obra del dibujante (esto obviamente si sucede en el libro) y también se le da pie a que explique sus técnicas y logros, este segundo aspecto no aparece o se cambia por una serie de reflexiones sobre la profesión y sobre la visión que tienen los caricaturistas sobre el futuro de este oficio. Es un

enfoque interesante, pero a la vez, es obvio que con los vientos que soplan actualmente el panorama se perciba a menudo desesperanzador.

Sí, Ladies and gentlemen, la Caricatura también es cultura. A menudo se dice que la caricatura es una manera ácida de mostrar la actualidad, pudiera ser cierto, aunque no es condición sine qua non del que la ejerce. La caricatura es en si una foto del momento, lo que ocurre a diferencia de una fotografía, es que el dibujante agrega aquellos ingredientes que narran con pelos y señales, y sin filtros la auténtica realidad o aquella opinión que sobre ese hecho tenemos. No es solo un instante, es una radiografía, es abrir en canal esa actualidad para que los lectores pongamos en movimiento nuestro criterio personal y le demos valor o no. Sí lo que ocurre es que finalmente le damos valor, lo que estamos haciendo es aprobar esa opinión, y esa sentencia colectiva es la que produce el impacto. Cuando esto ocurre la política debe respetar la voluntad popular y permitir el ejercicio de la libre expresión escueza o no.

Cuando ocurre lo contrario, existen agentes sociales que entran en juego para defender esos valores culturales, entre los que está la libre expresión del individuo. Uno de esos agentes es el sindicato. El sindicato es una organización constituida para la defensa y promoción de los intereses profesionales, económicos o sociales de sus miembros. No hay nada más social y colectivo que un sindicato, si descartamos la errónea idea de que un sindicato funciona como una empresa y entendemos que sus mecanismos son la colectividad y la cooperación, comprenderemos su función y el servicio que puede proporcionarnos.

El sindicato además de ejercer su función, digamos la más conocida, como es la de defender los derechos laborales de las personas. Debe plantearse como isla y refugio para aquellos y aquellas que buscan el respeto a su clase social, a su cultura y a su opinión, y una herramienta para plantar cara a cualquier atisbo de injusticia que lesione estos principios. La cohesión nos hace más fuertes, pero para enriquecer una organización como es un sindicato, y en concreto CCOO, esta debe dar cabida e impulso a todas las manifestaciones culturales, procurando exposiciones, presentaciones, seminarios y en definitiva la difusión de la cultura en toda su extensión. Y así lo hace, y su papel es fundamental en esta defensa y a menudo contraposición a ciertas manipulaciones políticas o prácticas censoras.

Dicho todo esto y desde el ámbito en el que me muevo como afiliado y profesional de la caricatura y el humor gráfico, solicito asilo en esta isla y espacio para impulsar esta rama cultural y popular que, desde el memorable Francisco de Quevedo, ha dado tanto a la sociedad por tan poco. Siempre ha difundido desde abajo hacia arriba sin distinción de clases, procurando ante todo ser popular que es su signo identitario sin lugar a dudas. Y desde mi opinión personal, no hay descripción más proba que la de una viñeta y más necesaria para la sociedad en estos momentos en los que se intenta pervertir y manipular nuestra opinión. 



Los derechos culturales: ¿un nuevo paradigma?

Xavier Fina. Gestor cultural y filósofo



Las políticas culturales son hijas de la modernidad entendida como proceso transformador y emancipador. La capacidad crítica (que posibilita la autoconciencia, la autorrealización y la autodeterminación de la ciudadanía) sólo es posible en la medida en que todo el mundo tiene acceso a la educación y a la cultura. Aunque también es un ámbito en crisis, la respuesta de las políticas públicas educativas es, en un primer momento, relativamente simple: educación universal, pública y gratuita de los 6 a los 16 años (en nuestra legislación actual). Pero para las políticas culturales la respuesta es más compleja. Ni el modelo de democratización de la cultura (proceso descendente que tiene por objetivo facilitar a todos el acceso a la cultura “legitimada”) ni el de democracia cultural (en el que se trata de explorar y potenciar las capacidades creativas del conjunto de la ciudadanía dándoles legitimidad en un proceso de carácter ascendente) han conseguido sus objetivos.

Las causas más significativas de este relativo fracaso son el corporativismo y el elitismo. Aunque -con razón- a menudo se sienten maltratados, los sectores culturales (profesionales, empresas, entidades) han sido los únicos

destinatarios de las políticas culturales. Obviamente, los sectores culturales necesitan unas buenas políticas (porque generan riqueza, empleo que no debe ser precario y porque tienen un papel imprescindible de mediación). Pero eso no debería significar que sean los únicos destinatarios. Cuando se reivindica la centralidad de los derechos culturales se está recordando que la destinataria última de estas políticas debe ser la ciudadanía.

Las grandes instituciones culturales -casi siempre de titularidad pública y a las que se destinan un importante porcentaje de sus presupuestos- acostumbran a tener un compromiso irrenunciable con la calidad y la excelencia. Es difícil estar en contra. Incluso es ontológicamente imposible. Pero de ahí surge una segunda tensión: cómo hacer compatibles el acceso universal a la cultura con esta excelencia en la oferta. Porque la excelencia implica capacidad de decodificación que sin un cierto bagaje es muy difícil de alcanzar. Pero no sólo eso: el espacio que ocupan estas grandes instituciones culturales son espacios de exclusión. En su propia naturaleza está la marca de la exclusividad. En sus ritos hay una afirmación de clase. Es por ello que las políticas tradicionales de precios públicos no

sólo son insuficientes, sino que incluso pueden convertirse en reaccionarias. En la medida en que sólo tengo en cuenta la barrera económica (concretada en el precio de la entrada) a la hora de facilitar el acceso a la cultura legitimada, estoy retornando a las rentas más altas lo que debería beneficiar a las más bajas. Obviamente, no se puede menospreciar la barrera económica. Es, si se me permite el tópico, una condición necesaria, pero en ningún caso suficiente. Para ser propositivos tenemos una respuesta tan genérica como cierta (hace falta una convergencia de las políticas culturales y educativas) y otra aún no suficientemente explorada: la desacralización de la cultura. Esto, llevado al extremo, sí supone un cambio de paradigma: una vivencia natural y espontánea del arte y la cultura (¡aplaudamos entre movimientos en los conciertos de música clásica!), una arquitectura de tamaño humano (más románico y menos gótico), una proximidad real a la ciudadanía, unos contenidos que los interpielen.

“Derechos culturales” es un concepto equívoco. Hay quien lo utiliza como sustitutivo de “política cultural”: un gran paraguas conceptual en el que entra todo (patrimonio, sectores, creación, producción, género, diversidad, etc). Es una opción legítima pero que aporta muy poco a la transformación de las políticas. Es una manera de seguir haciendo lo mismo cambiándole el nombre para aparentar un mayor compromiso con el bien común. En un sentido más restrictivo, hay opciones que entienden los derechos culturales como una disolución de la Cultura en mayúsculas. Una concepción bastante amplia de cultura a

través de la cual todas las prácticas humanas se pueden definir como culturales. Es indiscutible que desde la antropología se debe trabajar desde esta acepción neutra, no jerárquica y global del concepto “cultura”. Ahora bien, si se hace desde la política, corremos el riesgo de que con la voluntad de no imponer ningún modelo lo que se esté haciendo es impedir cualquier transformación.

En este contexto de complejidad veo dos puertas de salida complementarias. En primer lugar, hacer que los derechos culturales dejen de poner el énfasis en su vertiente de derechos negativos y se conviertan en derechos positivos. En general, el derecho al acceso a la cultura ha formado parte de derechos como el de asociación o de expresión. Derechos vinculados a la libertad. El cambio de paradigma es que se conviertan en derechos positivos: derechos que, como la vivienda o la educación, tienen más que ver con la garantía y el fomento que con la elección. En definitiva, más vinculados a la igualdad -clave de todo- que con la libertad. Y, en segundo lugar y como consecuencia del primer punto, reforzar la idea de servicio público. No hay derechos en régimen de igualdad si no se establecen unos servicios públicos obligatorios. Revisitamos los orígenes, redefinimos los servicios culturales del mismo modo que hemos hecho con la sanidad o la educación. Desde una opción radical por la igualdad y la fraternidad, las dos categorías olvidadas de la tríada. ■



A propósito de la democracia económica

Paco Rodríguez de Lecea. Escritor



En este mundo dislocado que es el nuestro, la democracia económica despunta como un horizonte lejano, pero urgente. Una democracia stricto sensu, nacida de la participación ordenada de todas las partes implicadas. Su sentido último es simple: se trata de la participación de todos en la toma de decisiones económicas que atañen a todos.

No es un mecanismo limitado a la presencia de representantes de los trabajadores en el consejo de administración o en el consejo asesor de una gran empresa. No es privativo del sector público, del privado, o del llamado “tercer sector” (sociedades anónimas laborales y cooperativas). Afecta al para qué y el para quién se trabaja, afecta a la sostenibilidad de la economía en su conjunto, y a una adscripción más racional de los recursos disponibles.

Porque no es el capital lo que mueve el mundo y trae el progreso. El capital reposa encerrado en cámaras de seguridad subterráneas ubicadas en paraísos fiscales, y desde esa penumbra mal ventilada va criando y adjudicando dividendos alineados en columnas de cifras que no guardan relación ni congruencia con lo que sucede en el exterior. Allí, es el trabajo, y no el capital, el que crea riqueza y trae progreso.

Y tanto “riqueza” como “progreso”, son dos realidades estrechamente vinculadas al acontecer social. Un país es rico, un país progresa, si lo hace la sociedad en su conjunto. La existencia de algunos individuos ricos cuyos caudales sobresalen muy por encima de la media, no revierte en riqueza para el conjunto. Se ha inventado un mecanismo de redistribución para que esas personas pudientes con rentas altas beneficien de forma indirecta a sus conciudadanos: es la tributación. Pero a ella precisamente se oponen de forma agresiva las derechas, que exigen igualdad en el tipo impositivo para personas con rentas desiguales, demandan subvenciones exclusivas (véanse las becas de Ayuso en Madrid), y además defraudan.

El hecho de ser el trabajo el elemento fundamental de la riqueza de las naciones, sitúa al sindicato en una posición preferente para la reivindicación de la democracia económica. Pero esta va mucho más allá de los parámetros de la acción sindical. La negociación colectiva de ámbito general es solo un primer paso; además de los instrumentos de cogestión que puedan crearse en las empresas y grupos de empresas, el debate sobre las prioridades de inversión y de subsidiarización ha de extenderse a los órganos

internos de los partidos políticos y plasmarse en sus programas electorales; y ha de invadir la práctica diaria de los ayuntamientos, los consejos económico-sociales, las asambleas autonómicas, las comisiones parlamentarias, etc.

Se trata de controlar colectivamente qué se produce, cómo se invierte, qué se incentiva, con qué objetivos. Separar la economía de la política, y gestionar la primera por medio de “expertos” asignados a dedo, es un error catastrófico que estamos pagando no una sino mil veces.

La izquierda en su conjunto, sus partidos, sus sindicatos y sus organizaciones de todo tipo, ha de abordar con altura y ambición este problema. Porque la cuestión afecta a las clases sociales y a la cultura del trabajo; responde a criterios políticos básicos, y su naturaleza incide de forma directa en la actividad sindical: clase, cultura, política, sindicato, cuatro territorios conectados entre sí. No se puede dejar al capital marcar el paso en la selección de objetivos económicos, mientras el trabajo ocupa un lugar subalterno. Entre otras razones, porque no es cierto que el capital sea ambicioso, y el trabajo conformista. La derecha es simplemente codiciosa; la ambición rectamente entendida es en cambio una cualidad de izquierdas; exige mejoras concretas para personas y territorios, y favorece la aspiración común al progreso y al crecimiento de los derechos de todas las personas sin exclusiones.

Owen Jones nos dejó, hace ya algunos años, un texto lleno de sugerencias, en torno al último aspecto citado: ¿Qué es

la aspiración? (Ver en <https://pasosalaizquierda.com/que-es-la-aspiracion/>). Allí hace propuestas viables sobre empleo, vivienda, transporte, educación o pequeña empresa. Puede ampliarse el catálogo, con el fin de mejorar en otros aspectos tanto la calidad de la vida como la del consumo.

Me detengo un instante en el consumo: es una fuerza económica poderosa, y a veces da la sensación de que no nos atañe a los trabajadores y trabajadoras, que es una trampa diabólica colocada ahí solapadamente por la “otra” parte. Y sin embargo, solo se acabará con el consumismo frenético que padece esta sociedad, si se democratiza también el consumo racionalizando mejor sus objetivos y sus formas. Una política en este sentido tendría un eco amplio en las familias trabajadoras y en la cooperación social.

La producción y el consumo, no solo la distribución, deben ser objetivos señalados de la democracia económica a la que aspiramos. Sin olvidar nunca la observación de Norberto Bobbio, de que la democracia siempre es subversiva, porque por naturaleza crece y florece de abajo arriba, desde las raíces y hacia el cielo; no como las políticas autoritarias, que siempre se despliegan de arriba abajo, como una forma de dominación. ■



Pan y rosas

Pilar Cea. Activista cultural



Va tomando diferentes disfraces, siempre con una sonrisa y, con sus intenciones bien guardadas, nos habla de Méritos, de Derechos, de Libertad, de Igualdad de oportunidades... Y de esa forma Ellos, las élites del sistema, que nunca abandonaron “su propia lucha de clases”, es cómo van ganando la partida.

Nos han hecho creer, que somos clase media, porque tenemos una vivienda que seguiremos pagando al banco mucho más allá de la jubilación, porque tenemos acceso a una serie de bienes y servicios como son vacaciones, vehículos, dispositivos de última generación, formación, etc. Y todo, satisfecho en cómodos plazos mensuales. Parece fácil conseguir esta felicidad cuantificable, verificable y lista para exponer, como un trofeo y sin rubor, en las redes sociales, la plaza pública del siglo XXI. Por fin formamos parte de esa gloriosa clase media que no sabemos definir y que automáticamente nos convierte en responsables finales de nuestro éxito, pero sobretodo de nuestro fracaso. Éste, precisamente, es el gran logro del sistema.

Ahora que somos fieles creyentes de la gran doctrina, ya no tiene sentido la lucha en común, ni el trabajo colectivo

, ni colaborativo y la solidaridad es una palabra bonita sin más... Da igual que el trabajo sea precario, los salarios bajos, las jornadas interminables, que haya sectores con condiciones cercanas a la esclavitud, que la explotación sea tan habitual que lo consideremos una oportunidad, que diversos indicadores señalen un indecente 25% de la población en riesgo de exclusión social, total... “sólo son personas que no se esfuerzan”. A esta puesta en escena se le añade como atrezo una buena dosis de revoltillo, y ya tenemos el escenario ideal: Creer que nuestros Deseos son Derechos.

La Cultura no escapa a este panorama. Es un sector económico, una industria más donde el esquema se reproduce reflejando las relaciones de comercio y producción imperantes en el mundo actual, como ya nos advirtió Gramsci hace muchas décadas... Quién paga manda.

Independientemente de la definición académica o del concepto que cada cual tenga de La Cultura, no podemos olvidar que la transversalidad del sistema transforma con su magia todo lo que toca. Y así, sin darnos cuenta, nos

encontramos con la cultura del turismo, de la gastronomía, del vino, de la cerveza, del deporte, de la moda... de lo que sea, porque hay tantas como nichos de mercado.

Una vez más se entremezclan y se confunden los conceptos, ahora son el ocio y la cultura. Es frecuente que los Ayuntamientos, de los más grandes a los más pequeños, compartan la concejalía de Cultura con festejos o turismo. Como un reflejo inverso de las prioridades, se invierten más recursos públicos en ocio que en cultura.

Tomando como ejemplo la cadena de valor de la creación artística, observamos que la capacidad de reproducción, la exclusividad, la firma, la marca y el precio de mercado, son los parámetros que marcan la importancia de la obra. Como si continuásemos aún en el Renacimiento, las artes y las ciencias permanecen bajo el dominio de las élites. La producción y la logística cultural están precarizadas, volcando el mayor valor añadido en los segmentos financieros, de distribución e intermediación; los musicales son una buena muestra de esta tendencia.

Ya nos advirtieron, no podemos llevarnos a engaño.

Es urgente organizarse y volver a la colectividad, como el único camino de lucha para plantarle cara y revertir el sistema. Es preciso conseguir una jornada laboral de cuatro días, mejorar las condiciones salariales y laborales, generalizar la renta básica, blindar la enseñanza y la sanidad pública como la riqueza que son y mantener unos servicios sociales de calidad. Necesitamos que las condiciones de trabajo nos permitan llevar una vida digna, con espacio para la persona, con tiempo para los cuidados, para el ocio y para la cultura.

Como reclamaron las obreras textiles en 1911: "Queremos pan y también queremos rosas".





Un futuro incierto y comprometido

Ezequiel Martínez. Periodista, escritor
Rikardo González. Editor de Utopía libros



“Si no cambiamos, el Planeta acabará en un estado de superficie destrozada, excesos climáticos, y podríamos llegar a la extinción de la especie humana”;. Estas reflexiones proféticas las escribió George Perkins Marsh (1801-1882) en su libro “Man and Nature”, publicado en 1864. Esta cita es del libro “SOS Emergencia climática”, de Ezequiel Martínez, editado en 2020, por Utopía Libros. Y la pregunta que nos hacemos ante el colapso que se avecina, si no somos capaces de poner remedio, es ¿Qué hacer? Nada será sin una nueva Cultura de clase, el Decrecimiento, Reparto de la riqueza, y de una Educación medioambiental. Nos enfrentamos al consumismo y al sistema Neoliberal a través de catástrofes y guerras que nos llevan a la pobreza y la destrucción. Justicia Social, Emergencia Climática, desarrollo de la Agenda 2030 y cumplimiento de las recomendaciones de la ONU (multiplicar por siete las acciones), todo un reto de propuestas, ideas y compromiso, alternativas a corto y medio plazo para seguir existiendo.

Justicia Social, Emergencia Climática, desarrollo de la Agenda 2030 y cumplimiento de las recomendaciones de

la ONU (multiplicar por siete las acciones), todo un reto de propuestas, ideas y compromiso, alternativas a corto y medio plazo para seguir existiendo”.

Más de 800 millones de personas pasan hambre en el mundo. Cada día mueren en el mundo, 35.000 personas por falta de alimentos. Entre los objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU, está erradicar el hambre en 2030 y lograr la seguridad alimentaria. Según la FAO, hoy producimos alimentos para 12.000 millones de personas, ahora somos 8.000 millones en el Planeta. Cada año, el mundo desperdicia 1.300 millones de Tm de alimentos. Cada día se gastan 4.000 millones de dólares en armamento, el presupuesto de la FAO para una década.

La Ley de Cambio climático y Transición energética (BOE 20 de mayo de 2021), apuesta por las renovables frente a las energías provenientes de combustibles fósiles, cuya eliminación se anuncia para 2050. El mundo rural, esos pueblos en riesgo de despoblamiento, son esenciales en la lucha contra el cambio climático. La economía circular debe ser una exigencia ante estos nuevos retos.

En suma, tendremos que adaptarnos y tratar de mitigar el Cambio Climático, con nuevos hábitos alimentarios favoreciendo la producción cercana y ecológica que protege el medio ambiente y fija las poblaciones locales. España es líder europeo en superficie ecológica, con 2,4 millones de has, y Andalucía supone el 50% del total español. La ganadería extensiva y la trashumancia mantienen vivo el medio rural. Las macro granjas contaminan el territorio y se alejan del bienestar animal.

La nueva PAC 2023-2027, será más verde. Potenciará al agricultor activo, a los jóvenes, y a la mujer como titular o cotitular de la explotación. La asignatura pendiente es el consumo de productos ecológicos. Un suizo consume en ecológico 420 euros /persona / año. En España estamos en 56 euros. La educación ambiental en los colegios puede ser una buena herramienta para preparar a las futuras generaciones. Esperemos que seamos capaces de adaptarnos a los nuevos tiempos que se avecinan en los que la “Emergencia climática” marcará las agendas locales y globales, ante un futuro incierto y comprometido. 



Cultura y conciencia de clase

Roger Molinas. Arqueólogo



Según las encuestas que publica con regularidad el CIS, la identificación con la “clase obrera” ha caído en picado en muy poco tiempo en España: si el 2001 un 50% de la población se identificaba con esta categoría, en el último barómetro del CIS (junio de 2022) esta variable ha bajado hasta el 10,9%, mientras que un 67,9% afirma ser de clase mediana. Este dato contrasta sorprendentemente con cuando se pregunta por la situación laboral de los entrevistados: el 82,5% asegura ser un trabajador asalariado.

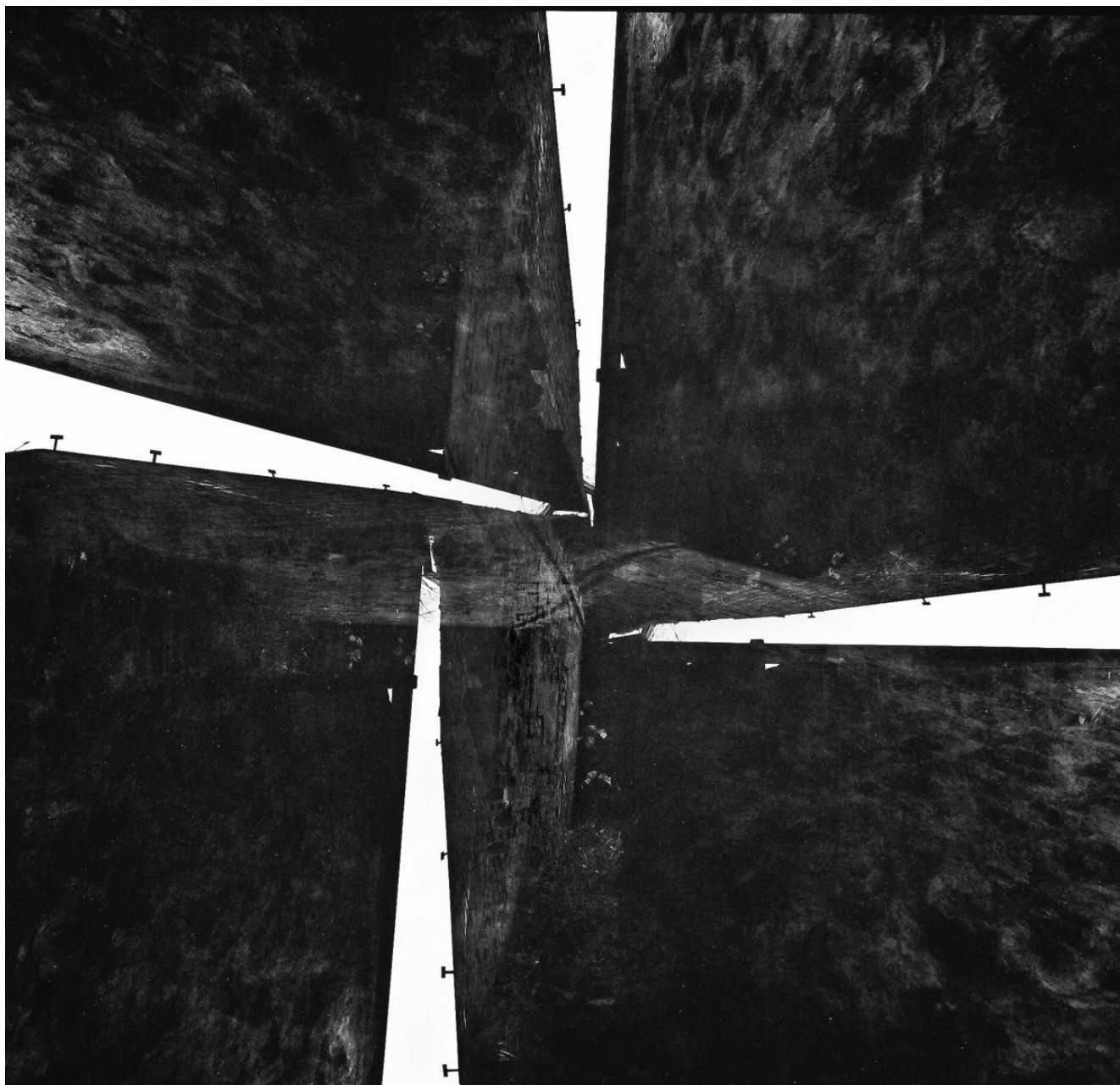
¿A qué se debe esta brutal disociación entre la realidad laboral y la identificación con una clase social por parte de la inmensa parte de los trabajadores?

Por un lado, hay que destacar las causas materiales, como la transformación del mercado laboral: el paso progresivo de una economía industrial a otra post-industrial de bienes y servicios. El peso de la industria en España ha pasado de representar el 25,9% del PIB el 1980, al 14,69 el 2022. Resulta más fácil sentirse identificado con la “clase trabajadora” cuando esta se articula en grandes complejos industriales con centenares de personas en torno a una cadena de montaje, que no en pequeñas tiendas u hoteles.

Por otro parte, me gustaría centrarme en aspectos más metafísicos e idealistas, que encuentro que en este caso son igual o más importantes: la hegemonía cultural neoliberal y la representación de la clase trabajadora.

Desde los años 80s la cultura ha abandonado la representación positiva entorno en la clase trabajadora con la que se podían identificar las anteriores generaciones de proletarios: desde el neorrealismo italiano de los años 50-70s al cine, al naturalismo francés del s.XIX a la literatura, o el “art povera” a las artes plásticas de los años 60s, por poner tres ejemplos.

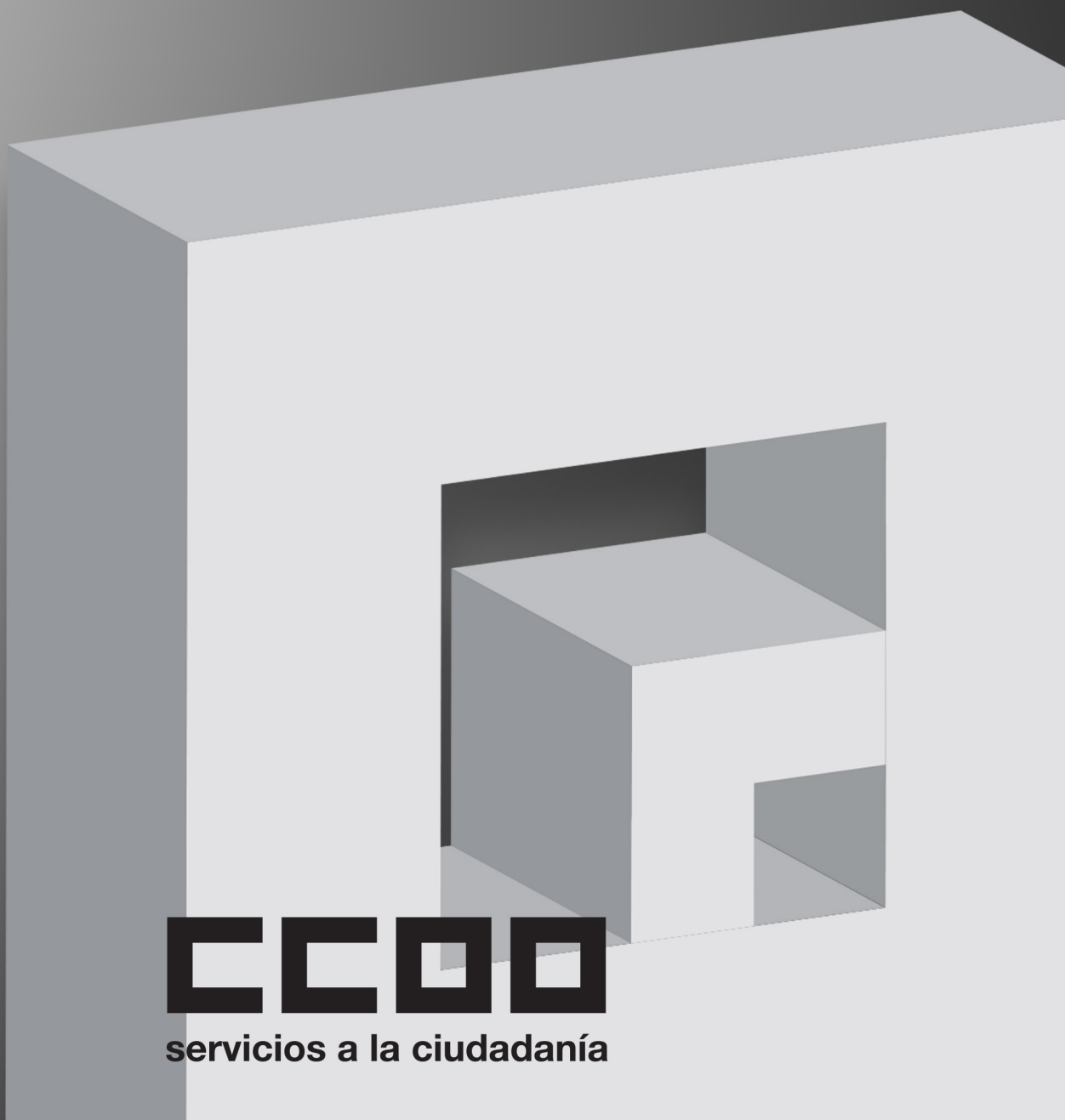
Por el contrario, hoy en día nos encontramos muy a menudo con visiones caricaturizadas de los trabajadores dentro de la ficción, donde se los representa como unos indeseables, incultas, violentos, vividores de subvenciones y con un pésimo gusto por la música o la ropa. Algunos ejemplos de esto serían la serie española “Aida” (2005-14) o la británica “Little Britain” (2003-6). Este humor tan grosero y ofensivo contra cualquier otro grupo oprimido sería criticado masivamente, pero esta lógica no se aplica con un colectivo al cual pertenece una inmensa mayoría de la población.



Últimamente también encontramos un surgimiento de reality shows basados en mostrarnos la vida diaria de la élite de super-ricos, como “Las Kardashians” (que puerta 20 temporadas desde 2007), así como varios programas de televisión diarios de audiencia masiva dedicados en exclusiva a vender una visión idealizada de la oligarquía.

Este desclasamiento también tiene mucho que ver con que el neoliberalismo cultural ha vinculado nuestras aspiraciones entorno al consumo individual y no en torno a la producción colectiva, nos preocupa más comprar cosas baratas que no ganar más dinero con que poderlo hacer. Sociológicamente vemos como es mucho más fácil crear identidades fuertes basadas en el consumo: por ejemplo, entorno a la música que nos gusta o la ropa que llevamos, mientras que es mucho más difícil construir esta identidad en torno a la profesión que ejerzamos, muchas veces debido en la poca estabilidad que tienen hoy en día los contratos laborales.

Todo esto ha contribuido a crear una “falsa conciencia de clase”, donde muchos trabajadores se identifican con los intereses de un grupo social, que no tiene nada que ver con las condiciones reales en las que ellos viven realmente y dificulta mucho que los partidos políticos hagan políticas efectivas para mejorar las condiciones del mundo del trabajo, si nadie se siente interpelado por este discurso, no lo vota. Es por esto que considero fundamental el papel de los sindicatos, como último bastión de la organización del mundo del trabajo, con la creación de contenidos culturales y referentes positivos con quienes los trabajadores nos podamos ver representados y sentir identificados. ■



CCOO

servicios a la ciudadanía